

jotesco empeño el de fundar la Gran Colombia; las tristes reflexiones que llenan el período final de la vida del Libertador, "en que el héroe parece repetir con don Quijote: ¿no sé lo que conquistó a fuerza de mis trabajos?... en aquellas horas de desaliento, propias de todos los verdaderamente grandes, creía haber arado en el mar". Rasgos todos estos que permiten a Unamuno afirmar que Bolívar fué "uno de los más fieles adeptos del quijotismo".

En apoyo del aserto recurre al testimonio del propio Libertador: a aquella su célebre frase, pronunciada en los últimos días de su vida y dirigida al médico que le asistía, sobre quiénes habían sido los tres mayores majaderos de la historia: "Los tres grandísimos majaderos hemos sido Jesucristo, don Quijote y yo." A lo que Unamuno comenta: "¡Qué gloriosa, qué divina es la majadería así!"

Abundando en este criterio, expone el escritor bilbaíno en otro pasaje un proyecto que no llegó a realizar: "Cuando vuelva yo a hacer otra edición de mi Vida de don Quijote y Sancho comentada y explicada, no os quepa duda de que la aumentaré incluyendo en ella pasajes de la vida del Libertador, como incluí pasajes de la vida de Iñigo de Loyola, un vasco representativo." (Por cierto, que las reiteradas alusiones a la vida de San Ignacio en su "Vida de don Quijote", han sido varias veces echadas en cara a Unamuno, tomando como ofensa, o al menos burla irreverente, el parangonar un ente de ficción, loco por añadidura, con el glorioso santo fundador de la Compañía: actitud que implica escasa comprensión del pensamiento unamuniano, en el que la figura de don Quijote posee una grandeza sublime, no pudiendo en modo alguno haber interpretación peyorativa de comparación semejante. Consta además, por numerosísimos testimonios orales y escritos, que don Miguel era ferviente admirador de San Ignacio, a pesar de lo cual casi siempre manifestó antipatía hacia su Instituto, al que no supo —o no quiso— hacer justicia.)

Cabía, empero, dudar de la promesa de Unamuno, y dudar con buen fundamento, ya que ninguna de las reediciones de la "Vida de don Quijote y Sancho" contiene los anunciados pasajes de la vida de Bolívar. Relacionando siempre a este último con el Caballero de la Mancha, dice don Miguel más adelante: "Si fuese yo un Plutarco, no me costaría hacer una vida paralela de ambos." Mas, por lo visto, Unamuno nada tenía de Plutarco. Lástima, por esta vez al menos.)

La figura del Libertador no ha sido siempre, en España, objeto de tanta atención como merecía aquel coloso, hijo de nuestra sangre y de nuestro espíritu. Por eso resulta grato el hallar escritores que, como Unamuno en el caso presente, muestran interés hacia las distintas facetas de aquella personalidad gigante y se complacen en subrayar sus rasgos más específicamente hispánicos, exaltando la inconfundible españolidad de Bolívar, a quien una retórica fácil intenta pintar demasiado a menudo como afrancesado e hijo pródigo. Lo cierto es que Europa entera, España inclusive, estaba afrancesada por aquel entonces, siendo este afrancesamiento una moda que imponía la circulación de determinadas ideas políticas; pero, como moda, algo muy superficial, bajo cuyo velo tenue se transparentan y se acusan a la vista del más miope los rasgos típicos de los genios nacionales que no pierden nada de su sabor castizo y de su fuerza por el hecho de revestirse con ropajes tejidos, ciertamente, fuera, pero elaborados al fin y a la postre con materiales de común pertenencia occidental, como todos los grandes movimientos que (sea cual haya sido su tierra de origen) han teñido de colores bien definidos las grandes épocas de la historia europea.

En la independencia sudamericana influyeron no solamente la ideología de la ilustración afrancesada europea, sino también las doctrinas políticas de nuestros teólogos y el ejemplo de la independencia norteamericana, fuertemente influida a su vez (aunque fuese de modo indirecto) por las teorías del origen del poder desarrolladas por el inmortal Suárez. Podemos afirmar que la independencia americana fué hija de una larga obra de occidentalización realizada en aquel continente por los propios españoles que, durante siglos, estuvieron allí predicando la gran verdad de la igualdad de todos los hombres y el derecho fundamental de los pueblos a ser dueños de sus propios destinos dentro del orden cristiano. Por eso —añade este mismo autor—, "puede muy bien ser, como doliente decía el propio Libertador, en Santa Marta, días antes de morir (9-XI-1830), que los que sirvieran a la Revolución política de Hispanoamérica hayan arado la mar; pero los teólogos, los juristas y los misioneros que fundaron las bases de cultura cristiana y la Iglesia católica en las Indias, crearon una obra impercedera mientras existan hombres que educar y almas que salvar". Cristiana y española, por su raigambre temperamental e ideológica, fué la independización de esas Españas americanas que son las Repúblicas de nuestra América; cristiana y española, y quijotesca por añadidura (es decir: quinta esencia de lo español y de lo cristiano), fué la personalidad en quien aquella ingente empresa tomó cuerpo, la que le sirvió de principal Capitán y ha quedado para siempre como su símbolo.

"Poesía —concluye Unamuno—, poesía es la que rezuma la vida de Bolívar, como es poesía lo que rezuma la historia de la emancipación de las Repúblicas hispanoamericanas, lo mismo que la épica historia del descubrimiento y de la conquista. Una y otra poesía están enterradas en las viejas crónicas de los conquistadores, de los Oviedo, Castillo, Gomara, etcétera, y en las memorias de los caudillos de la Independencia. Poesía, sí, y esa poesía deberíamos ser nosotros, los españoles, los que más fuertemente la sintiéramos. Como Diego Lainez se llenó de orgullo al ver que su hijo, el Cid, sintiéndose mordido en el dedo por el padre, le amagó un bofetón, así nosotros, los españoles, deberíamos enorgullecernos de la heroicidad de aquellos hombres frente a las tropas de los torpes Gobiernos peninsulares, y considerar una gloria de la raza las glorias de las independencias americanas. Pero aún no hemos llegado a esto."

No todavía, cuando Unamuno escribía lo que antecede, hace aproximadamente cuarenta años; pero sí hoy. Hoy, desaparecidos muchos recales y resquemores —no por lamentables menos naturales ni menos comprensibles—, España piensa ya con verdadero orgullo, como en las propias, en las glorias de sus hijas del Nuevo Mundo, de las Españas americanas.

ELOGIO DE LA MUJER CUBANA

De la Habana a Camagüey,
de Camagüey a Santiago,
todo el bosque es dulce trago:
palma real, ébano rey.
Pero del oro de ley
de la madera, tu talle
árbol mejor es y valle
fértil del amor oscuro,
puerto de muerte seguro
después de andarte la calle.

De isla en isla comprobarte,
de puerto en puerto saberte,
y junto al agua tenderte
y acercarse a despertarte.
Ya no rama, sí baluarte
del mar, mujer, isla, loma,
tierra a que el fuego se asoma,
fuego en que el ángel perece,
ala que naufraga y mece,
noche y miel, una paloma.

De dónde a dónde buscar,
si antes la tierra y el ala,
si antes del viento la sala
y el lecho junto a la mar,
ahora el pez loco de atar
que, como tú deseado,
que como tú, de clavado
se vuelva al punto del beso,
ya casi en la mano preso
y aun en duelo alborotado.

Naranja sobrecargado
o pez del Viejo Canal
o gracia del pico real,
¿qué son, mujer, a tu lado?
Tierra ardiente, aire volado,
agua que llama a las naves,
voz que en un verso no cabes
o yo encerrarte no sé,
y te pregunto por qué,
y te callas, y lo sabes.

J O S É G A R C Í A N I E T O